

HOMILIA SAN FRANCISCO

El Papa Francisco en su encíclica *Laudato sí*, eligió a Francisco de Asís como un espléndido modelo que puede motivarnos en la tarea del cuidado de nuestra “casa común”. San Francisco, “es el modelo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, y por eso nos invita a vivir con alegría y autenticidad” (*Laudato Si* -L.S.-, 10). Antes de su conversión, el santo no sentía ni cercanía ni aprecio por la naturaleza; le gustaba ser el centro de atención, estar por encima de los demás y le albergaban sueños de grandeza queriendo ser un gran caballero (militar) y ser parte de la nobleza. Sin embargo, comienza un *proceso hacia adentro* que tiene, como momento fundamental en su vida y opción de consagración a Dios, su encuentro con Cristo en la capilla de San Damián; allí se le graba en lo más íntimo de su corazón la memoria de la pasión de Cristo. A medida que el amor de Dios penetraba su corazón, la vida del joven cambió para siempre: había nacido un *nuevo* Francisco, que ya no quería ser caballero, sino un hermano de todas las criaturas, un “heraldo” del Señor. Muy pronto, en este nuevo camino, se sintió llamado a cuidar todo lo que existe (L.S., 11) y fue descubriendo que la verdadera “casa de Dios se encuentra en cada persona”. Y si la Palabra creadora habita en cada persona, también lo hace en los demás seres de la creación que igualmente han sido creados por ella. Esto le permite sentir que el llamado a “reparar la casa de Dios”, no solo se refería a una pequeña iglesia derruida, sino que estaba llamado a ayudar a edificar una nueva Iglesia de Cristo y la creación toda.

En este proceso, el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios le hizo comprender que la creación constituye el lugar donde Él se revela; además, es en este misterio en donde se manifiesta con especial intensidad la humildad de Dios. No es de extrañar, entonces, que prestara una especial atención tanto a las personas más pobres y necesitadas, como a todas las criaturas presentes en la naturaleza. Se podría decir, como lo resalta el papa Francisco, que el santo vio en todos nosotros y en todos los seres de la creación seres vulnerables y frágiles, y que Dios no solo se encarna en todo lo creado, sino que por amor se rebaja humildemente y se esconde en los seres comunes y corrientes, sencillos y frágiles. Cualquier criatura le mostraba la presencia de Cristo y le llevaba a meditar sobre acontecimientos concretos de la vida del hijo de Dios hecho hombre.

Detengámonos, brevemente, en la importancia de la casa común y la presencia de Dios en ella.

Para entender el amor de san Francisco por todas las criaturas, podríamos decir que cada ser es un sacramento de la presencia del Creador, una huella del divino artista. A través de esa belleza propia de cada ser podemos elevarnos hacia aquel que es la suma y fuente de toda belleza. La naturaleza puede ser considerada, entonces, como el *primer libro de la revelación*, inclusive, antes de la palabra escrita; un libro abierto a todos y escrito de modo coherente, que, desafortunadamente con nuestras acciones, lo hemos “desencuadrado” llevando a un grave deterioro como lo denuncia la *Laudato Si* y en el documento que salió hoy en Roma: *Laudate Deum*. Todos los seres, juntos, forman un libro, “un bellissimo poema ordenado” en el que Dios nos habla, nos muestra su vida trinitaria con caracteres que podemos leer, ayudados por el Espíritu. No deberíamos olvidar que toda criatura proclama y celebra la inmensa sabiduría y bondad de Dios; en cada una de ellas resplandece el mismo Dios, aunque lo haga en modo velado, es decir, Dios se comunica a través de las criaturas y lo hace en silencio. Las criaturas son signos, vestigios, sombras, resonancias, y pinturas del Creador. Es por esto que San Buenaventura describe el mundo como una casa que el supremo artífice ha fabricado para que el hombre la habite hasta que llegue a la casa definitiva en el reino de los cielos.

Además, solo Cristo, nuestro Maestro de vida, puede darnos acceso nuevamente a una sabiduría que nos libera de lo que nos impide ver las huellas de Dios en todos los seres; él repara aquella belleza que el pecado había roto. Con razón nos dice San Buenaventura: *“el que con tantos esplendores de las cosas creadas no se ilustra, está ciego; el que con tantos clamores no se despierta, está sordo; el que por todos estos efectos no alaba a Dios, ese está mudo; el que con tantos indicios no advierte el primer principio, ese tal es necio. Abre, pues, los ojos, acerca los oídos espirituales, despliega los labios y aplica tu corazón para en todas las cosas puedas ver, oír, alabar, amar y reverenciar, ensalzar y honrar a tu Dios”*. Es decir, la casa común no es sólo un espacio físico, sino una morada en la que se habita, se ama, se dialoga en libertad. El hogar verdadero es aquel en el que está nuestro corazón, allí donde podemos establecer relaciones familiares gratuitas y auténticas; para lograr esto, Dios nos ha regalado la *casa común* como la llama el Papa. En perspectiva franciscana, la mentalidad utilitarista, fruto del pecado, debe dejar paso al diálogo y a la escucha; las cosas no son meros objetos que podamos usar a nuestro antojo, según las necesidades del momento; ni siquiera, son peldaños para acercarnos a Dios, dejándolas bajo nuestros pies como seres inferiores que se pueden pisotear y explotar. *Sintámonos en medio de todos los seres*, no por encima. El franciscano - bonaventuriano se distingue porque se siente hermano, pues en todo descubre la presencia del Dios encarnado. Más que proyectar sobre la naturaleza sus sentimientos y deseos, el bonaventuriano escucha, acoge y se une a la sinfonía de todo el cosmos, y descubre que cada uno de los seres es único y singular; manifiesta en sí mismo la belleza del divino hacedor, Dios y Padre, origen de todo.

Unido a todo lo anterior, el Papa Francisco nos llama a tener en cuenta a los excluidos de la sociedad y superar la *cultura del descarte*. Esto significa, dejar de estar centrados en nosotros mismos y empezar a preocuparnos por el bienestar de los demás y de la *casa común*. Para el Papa es *inseparable: la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior*. La sana relación con lo creado es una dimensión importante de la comprensión integral de la persona. Además, no podemos vivir la ecología integral, de la manera que nos la señala el Papa, si no reconocemos que con nuestros pecados, errores y deseo de tener más y más, destruimos la relación con Dios y con todas las criaturas; importante, entonces, que caminemos en un sincero arrepentimiento de corazón para que con este cambio interior podamos tener una nueva mirada que nos permita descubrir las huellas de Dios presente en todas las personas y en todos los seres.

Estamos llamados a seguir el ejemplo de Francisco en su actitud cortés hacia todo aquello que en la naturaleza es débil y frágil y su compasión por todas las criaturas. Es por esto, que san Francisco se sentía hermano de todos, pero no como un hermano mayor, dominante, explotador y acaparador, sino como el *hermano menor*, humilde y pobre. San Buenaventura nos recuerda que el Santo de Asís *“llamaba a las criaturas todas - por más pequeñas que fueran - con los nombres de hermano o hermana, pues sabía que todas ellas tenían con él un mismo principio”*. Los invito a todos Uds., franciscano-bonaventurianos, a vivir un auténtico “yo ecológico”; que el pobre de Asís, nos siga dando la inspiración para convertirnos en portavoces de todas las criaturas de Dios y ser parte de los que buscan medidas y políticas que protejan la integridad de la vida en la tierra. Sigamos el espíritu del *Cántico de las Criaturas*, salido del corazón del hermano crucificado, que celebra una experiencia muy profunda, la de la reconciliación total del ser humano consigo mismo, con Dios y con el mundo. En el fondo, Francisco vive la obra reconciliadora de Jesucristo quien nos ha invitado a la trabajar por la fraternidad universal. Vivamos esta fraternidad sometiéndonos con respeto y cuidado a todos los

seres de la creación y, como Francisco, aprendamos en Cristo a reconocerlos como hermanos y hermanas; aprendamos a entrar en la gran fraternidad de la creación; rescatemos los valores de la comunión franciscana la cual está impregnada profundamente del sentido de alabanza, de admiración. Que nuestra tarea sea siempre y en todo momento, *loar y bendecir al señor en todas sus criaturas, darle gracias y servirle con gran humildad.*